

MARGARITA.

A Dios.

DON JUAN.

A Dios.

Y á la reja

Echó los cerrojos triples
La monja, y empezó el mozo
A todo trapo á reirse.

Abrió al fin y entró en su casa
Con llavin de que él se sirve ;
Acostóse, y rebujándose
La ropa hasta las narices
Apagó la luz diciendo :
«Pues señor, bien : muchas hice,
Mas vive Dios que esta última
Será tal que me acredite.»

III.

TENTACION.

Aun no cuenta Margarita
Diez y siete primaveras :
Y aun virgen á las primeras
Impresiones del amor,
Nunca la dicha supuso
Fuera de su pobre estancia,
Tratada desde la infancia
Con cauteloso rigor.

Hija de padres, si nobles
Desconocidos y avaros
Compró la infeliz muy caros
Los gustos de su niñez.
Y al cabo tornóse en humo
Y en soledad para ella
La vida futura y bella
Que se imaginó tal vez.

Siempre encerrada y oculta,
Cuando en el mundo vivía
Solo del mundo veía
La calle tras un cancel :

Y no alcanzó, de su casa
Fuera del triste recinto
El mágico laberinto
Que se extendía tras él.

Jamás pensó que las flores
Que sus jardines criaran,
Los salones perfumaran
Preparados al festin ;
Jamás pensó que las noches
Que ella pasaba en su lecho
Tuvieran bajo otro techo
Mas delicioso, otro fin.

Que las danzas bulliciosas,
Las alegres serenatas,
Las mil quimeras dichosas
De la alegre sociedad,
Aun no habian en tumulto
Ido á tender en sus sueños
Los dos lazos halagüeños
De amor y de vanidad.

Amor ! esa fantasía
Vaporosa y encantada,
Selva escondida, empapada
De armonía y de placer ;
Santuario de la ventura,
Magnífico paraíso
Donde ir vagando es preciso
Tras un fantástico sér.

Un sér que huye y se engalana
Con los colores del viento,
Y se nos muestra un momento
En fugitiva ilusión,
Y un sér que á pocos contenta
Cuando por fin alcanzado
Deja el oropel prestado
Y descubre el corazón.

¡Feliz quien halla en su centro
Fresco pabellon tranquilo
De reposo, y no dá asilo
En él á la vanidad.

La vanidad, luz fosfórica
Que ilumina los espejos,
Y causa con sus reflejos
Del alma la ceguedad.

¡Inocente Margarita!
Fugitiva mariposa
Que de esa luz engañosa
En torno girando vas!
Plega tus alas errantes,
Y en tu inocencia dormida
No pienses en otra vida
Que te doraron quizás!

Mas ¡ay! que dulces palabras
Sonaron en tus oídos.
Y los deseos dormidos
Se revelaron en pos.
¡Ay! ¿por qué en el mundo vano
A quien le da la inocencia,
No le da la resistencia
Para defenderse, Dios?

La vida hermosa se finge,
Y aunque en ilusion escasa,
Ya en impaciencia se abrasa
De sentir y de gozar.
Y no es temor á los males
Que don Juan la profetiza;
Es que el placer diviniza
Y le adora á su pesar.

¡Pobre niña! Allá á sus solas
Ciega por un mal consejo,
Por vez primera un espejo
Elegió para su juez.
Y recordó las palabras
De un seductor insolente,
Y recordó la inocente
Los días de su niñez.

Cuando su madre á deshora
De los festines volvía,
Y entre sueños la veía
Sus adornos deponer;

Cuando acaso desvelada
Al son de los instrumentos,
Sentia los aposentos
Vecinos estremecer.

Y cuando acaso á escondidas
Asomada á una ventana,
Via la turba profana
Voluptuosa pasar;
Y al brazo de los mancebos
Con el deleite mas bellas,
Asidas muchas doncellas
Sonreir y platicar.

¡Oh! que seis años monótonos
De soledad y convento,
Habian su pensamiento
Reducido á un punto ruin.
A espacio tan miserable,
A círculo tan mezquino,
Que era el claustro su destino
Y el altar era su fin.

«Aquí está Dios;» la dijeron,
Y ella dijo: «yo le adoro.»
«Aquí está el torno y el coro.»
Y pensó: «No hay mas allá!»
Y sin otras ilusiones
Que sus sueños infantiles,
Pasaron sus seis abriles
Sin conocerlo quizá.

¡Pobre tórtola enjaulada
Dentro la jaula nacida!
¿Qué sabe ella si hay mas vida
Ni mas aire en que volar?
Si no vió nunca sus plumas
Del sol á los resplandores,
¿Qué sabe de los colores
Con que se puede ufanar?

Mas ¡guay que alcance á lo léjos
Del dia la lumbre pura,
De la selva la frescura,
Y el arrullo de su amor...

Su nido será su cárcel,
Su potro serán las rejas,
Sus arrullos serán quejas,
Y su silencio dolor!

Mas es tarde; Margarita
En la noche solitaria
Oyó amorosa plegaria,
Y se despertó su afán.
Su corazón rebelóse
Con incógnitos afectos,
Y odió los santos preceptos
Al recordar á don Juan.

Y confundiendo en su mente
Sus amagos y alabanzas,
Ya en risueñas esperanzas,
Ya en inocente pavor
Contemplándose al espejo
Con la luz de la hujía
Así pensaba y decia
Margarita en su interior:

«¿Con que hay fiestas y banquetes,
«Y nocturnos galanteos,
«Y deliciosos paseos
«De esta pared mas allá?
«Con que esta toca de lana
«Cambiada en perlas y flores
«Hará mis gracias mayores
«Y mas hermosa me hará?

«¿Con que aquellas relaciones
«De encantos que yo leia
«Y que apenas comprendia
«Ni comprendo ciertas son?
«De aquellas magas fantásticas,
«De aquellos bravos guerreros
«Y gentiles caballeros
«La historia, no es ilusion?

«Y se encuentran y combaten
«Por bizarras hermosuras
«Y corren mil aventuras
«Por agradecerlas mejor;

«Y ellas viven en palacios,
«Y vagan por sus jardines,
«Y celebran con festines
«La ventura de su amor.

«¡Oh! ¡que ese hombre me lo ha dicho
«Si, si, negros son mis ojos...
«Y esta toca me da enojos
«Y me hace fea tal vez!...
«Él me lo dijo ¡lisonja!
«Mas probemos, me la arranco;
«¡Oh como el armiño blanco
«Mi pecho!... blanca mi tez!

«Blancos mis brazos redondos,
«Mis mutilados cabellos
«Son de azabache.... y en ellos
«Puesta aunque mal esta flor!.....
«Cuán bien me va... ¡oh soy hermosa!.....
«Y encerrada me consumo,
«Y se pierden como el humo
«Mis dias de mas valor.»

Así desnuda al espejo
Presentando su hermosura
Margarita, en su locura
Deseó la libertad,
Y acosada por tan varios
Pensamientos tentadores
Los deleites seductores
Amó de su vanidad.

Y desde esa triste noche
Cabizbaja y distraída
Sintió su fe decaída,
Estéril su religion;
Y allá muy léjos del caastro
Perdido su pensamiento
Para huir no tuvo aliento
La terrible tentacion.

Y pasaron muchas noches,
Y don Juan siguió viniendo
A la reja, y siguió oyendo
Margarita al seductor,

Y con las dulces promesas
Del galan adormecida
Suspiró por otra vida
De deleites y de amor.

Que era el mozo muy astuto,
Y era muy cándida ella,
Y era la monja muy bella
Y el rondador muy audaz ;
Las noches eran oscuras,
Las citas muchas y en calma,
Y el amor prende en el alma
Con la chispa mas fugaz.

¿ Y quién explica aun queriendo
El efecto poderoso
Con que un coloquio amoroso
Cambia al fin un corazon ?
¿ Y quién los medios explica
Con que nos sale al encuentro
Un amor que enciende dentro
El volcan de una pasion ?

¿ Qué puede hacer Margarita
Si lo ignora aunque lo siente ?
Como victima inocente
Ir, dejarse arrebatar,
Hacer dentro de su pecho
Sus creencias mil pedazos,
Y de don Juan en los brazos
Caer, al pié del altar.

Y cayó : que en una noche
Por don Juan determinada
Debia la desdichada
Con él la fuga emprender,
Y oyóseles en la sombra
Darse la cita postrera,
Y acabar de esta manera
Ya cerca de amanecer.

DON JUAN.

« No hay mas medio Margarita.

MARGARITA.

Mañana pues.

DON JUAN.

Tanto monta

Un dia antes; estad pronta.

MARGARITA.

¿ Con que á las dos ?

DON JUAN.

A las dos.

MARGARITA.

Por el huerto.

DON JUAN.

Estaré á punto,

Traeré una escala pequeña

Y al dar las dos me hareis seña.

MARGARITA.

Y haré cuanto os plazca á vos.

DON JUAN.

Pues á Dios.

MARGARITA.

Idos tranquilo

A dormir, y hasta mañana.»

Y se cerró la ventana,

Y entró en su casa don Juan ;

Y dicen que entre la puerta

Quedó á la reja mirando

Su posicion meditando

Tal vez con algo de afan.

Mas al fin dijo perdiéndose
Por una escalera estrecha:

« Pues señor, es cosa hecha.

« ¡ Mas me ocurre una cuestion!

« Dineros... ¡ bah! tiene padre

« Dentro su alcoba una arquita

« Que há un año que la maldita

« Me está dando tentacion.

« Con que, don Juan, no hay cuidado

« Vendrá Dios y medraremos.»

Y asiendo los dos extremos

De la sábana á la par

Con un movimiento rápido

Se hundió don Juan en su lecho,

Y durmió tan satisfecho

Que era cosa de envidiar.

IV.

¡Oh religion consoladora y bella,
Feliz mil veces quien á ti se acoje
Y el norte sigue de tu fija estrella,
Y tú divina luz constante adora ;
Que en la fiera borrasca asoladora
De esta vida de llanto y de pesares
Nunca extraviado perderá la huella
Del *mas allá* que empieza en los altares.

Si, misteriosa religion, tú tienes
Consuelos para el triste, y alegrías
Para quien cuenta sus tranquilos días
Por venturas y bienes!
Tú tienes el azote del malvado,
La corona del justo,
La palma de la virgen inocente,
Y esperanza del náufrago postrado,
Y ánimo del soberbio delincuente,
Siempre se vé brillar allá en la altura
El vivo lampo de tu lumbre pura.

Si Jehová soberano
Indignado recorre el mundo inicuo
Y aparta dél su poderosa mano
Y las razas maldice,
Torpemente mezcladas
De su Dios y su origen olvidadas ;
Si agita sus caballos íracundos
Y su carro de fuego airado lanza
Por medio de los mundos,
Y encima de las turbas insensatas
Rebienta las henchidas cataratas,
Al justo salva, y luego
Tornando compasivo á la bonanza
De su ira celestial matando el fuego
En prenda de salud y de sosiego
Tiende el iris de paz y de esperanza.

Si elevado en el Gólgota pendiente
Tinto en su sangre con horror espira,
A la precita gente
Con tiernos ojos espirando mira,
Y conociendo que quien tal le puso,
No merece perdon por parte suya
A su madre infeliz les encomienda.

«Vuestra madre mirad,»—dijo muriendo,
«Esa de mi bondad última prenda,
«Si algun dia verteis sincero llanto,
«Por vosotros pidiendo
«Para salvaros del azar tremendo
«Real protectora os tenderá su manto.»

Y á ti madre amorosa
Los tristes ojos con afan volvemos
En la airada tormenta procelosa,
Y en tí esperamos y en tu amor creemos;
Y á tí tornados á tus piés caemos.
Porque del hijo Santo

Quien ha escupido en la divina cara
Arrepentido al cabo ¿á quién mostrara
Mas que á la madre el doloroso llanto?
¡Ah! ¿quién le comprendiera
Ni quién capaz para enjugarle fuera
Si no quien puede de su dulce boca

Con la dulce sonrisa
Calmar la ira que el baldon provoca,
Como disipa la apiñada niebla
El lento soplo de la blanda brisa?
¡Oh dulce madre celestial y bella,
Feliz mil veces quien á ti se acoje
Y el norte sigue de tu fija estrella
Y tu divina luz constante adora,
Feliz mil veces, inmortal Señora!

Feliz Margarita bella,
Cuya infantil confianza
De la luz de tu esperanza
No perdió nunca la huella.

V.

LA DESPEDIDA.

Es ya la noche aplazada
Por don Juan, fria y oscura ;
El aire revuelto augura
La vecina tempestad.
Ni un astro al alzar perdido
En el cielo azul riela,
El aire que corre hiela,
Triste es la noche en verdad.

Todo en el convento calla,
Por las bóvedas sombrías
De sus largas galerías
Ni un viviente, ni una luz.
Ninguna perdonó el soplo
Del viento desordenado ;
Toda la tierra ha enlutado
La noche con su capuz.

De los laureles del huerto
Las hojas mecidas suenan,
Y el claustro vecino llenan
De ruido amedrentador,
Que prolongado en la bóveda
Y perdido en su hondo hueco
Sin cesar le arrastra el eco
De uno en otro corredor.

A veces por un instante
Todo el ámbito ilumina
La claridad repentina
De un relámpago fugaz,
Y en el momento en que todo
A la vista se presenta
Todo de formas aumenta
Y todo cambia de faz.

Allá á través alumbrado
De un arco el contorno crece,
Y un antro infernal parece
De cárdeno resplandor:
Allí las verjas clavadas
En los pilares sujetos
Fugitivos esqueletos
Representan con pavor.

Allá un tapiz suspendido,
Sobre una puerta enrollado
Semeja un monstruo enroscado
Que se arrastra en un rincón;
Allí empinado en su losa
De algún fundador el busto
Remeda con fiero susto
Gigantesca aparición.

Acongojada la mente
Con tan varias ilusiones
Redobla las aprensiones
Que la vienen á turbar;
Y engañados los sentidos
La lengua á invocar no acierta
Favor, ni la planta incierta
Se decide á caminar.

Estorbos mil al encuentro
Nos salen á un punto mismo;
Do quiera se abre un abismo
Donde avanzamos el pié,
Do quiera una sombra horrible
Nos descarria y espanta,
Y se anuda la garganta
Y se acobarda la fe.

Noche medrosa era en suma
La elegida por el mozo,
Aunque él obra sin rebozo,
Remordimiento ni afán:
Y atribulada en su celda
Esperaba Margarita
El momento de la cita
Postrimera de don Juan.

Su mente infantil, curiosa,
Ansiaba el dulce momento,
Mas vago remordimiento
La roía el corazón.
Y recostada en su lecho
Sin apagar su bugía
Luchaba, mas no podía
Con la loca tentación.

De aquellos seres fingidos
Por don Juan, con la presencia
Se amedrentaba en Palencia
Creyéndoles ya tal vez;
Y se fingía entre sueños
A sus quietos moradores
Envueltos en los horrores
En que eree su sencillez.

Mas apacible otras veces
Su ilusión la presentaba
Mil sombras que engalanaba
Su imaginación pueril;
Y recorría entre sueños
Los encantados espacios
De los mentidos palacios
De su seductor gentil.

Blanca paloma perdida
Próxima á tender su vuelo
Para buscar otro cielo
Mas diáfano en que volar,
Medía el espacio inmenso
Que recorrer intentaba;
Y antes de alzarse dudaba
Si le podría cruzar.

Tal vez sentía su nido
Dejar allí abandonado
Do habría tal vez gozado
De su ventura mayor;
Mas ciega y enamorada
Y acaso falta de aliento
Iba á lanzarse en el viento
Para seguir á su amor.

Pobre barquichuela débil
Que en pos de nave enlonada
Salía desesperada
Sin mas norte que el azar.
Tal vez temía la triste
Que una tormenta futura
La sorprendiera en la altura
Del no conocido mar.

Y aunque fiada en su breve
Tranquilidad engañosa,
Imprudente ú orgullosa
Se preparaba á partir;
Temía que una vez suelta
Botada á la mar bravía,
Fuera imposible la vuelta
Y el fondo su porvenir.

Mas ¡ay, así estaba eserito!
De oculto sino impelida
De su azarosa partida
La hora precisa llegó;
Llegó, y al fin Margarita
Que oído prestaba atento
Oyó perderse en el viento
Los dos golpes del reló.

Salió cautelosa y tímida
De su celdilla temblando,
A todas partes mirando,
Y á tientas guiando el pié;
Mas ya en la lucha postrera
Próxima á colmar su falta
Siente que el pesar la asalta,
Y que renace su fe.

Al corazón se la agolpan
Mil vagos remordimientos
Y vagos presentimientos
De inconspicible pavor,
Y en su creencia sencilla
Del Dios mismo á quien ofende
Tal vez recibir pretende
Perseverancia y valor.

Cruzó el solitario claustro,
Bajó el caracol estrecho
Y á una ventana en acecho
Quiso un instante posar;
La tempestad empezaba,
La lluvia espesa caía,
Y el recio viento la hacia
Sobre los vidrios botar.

« ¡Qué noche! dijo espantada,
« Si habrá don Juan desistido! »
Mas percibiendo ruido
Por las tapias del jardín,
Escuchó sobrecogida
Y en un postigo inmediato
La seña oyó á poco rato
Que la avisaba por fin.

No esperó mas, con pié rápido
Ganó el último aposento,
Deseando del convento
Los límites trasponer,
Y ya del sacro recinto
Fuera la planta ponía,
Cuando en una galería
Una luz alcanzó á ver.

Detúvose á los reflejos
De aquella luz solitaria
Y lágrima involuntaria
Sus pupilas arrasó.
Soltó el cerrojo, asaltada
Por una dulce memoria
Y al claustro precipitada
La pobre niña volvió.

Por imbécil ó insensible
Corazon vil que se tenga,
Fuerza es que alguna mantenga
Consoladora ilusion;
Y por mas que sea odiosa
La mansion donde se pasa
La vida, siempre á la casa
Se apega nuestra aficion.

Siempre, aunque sea una cárcel
Hay un rincon olvidado
Do alguna vez se ha gozado
Un instante de placer,
Y al dejarle para siempre
Conociendo que le amamos,
Un ¡adios! triste le damos
Sin podernos contener.

Margarita, que encerrada
Pasó en el claustro su vida,
A dar una despedida
Tornó á su amado rincon;
Porque en la virtud criada
Y segura en su creencia
Uno buscó en su inocencia
Su cándido corazon.

En un altarcillo humilde
En un corredor alzado,
De flores siempre adornado
Y alumbrado de un farol,
De una Concepcion habia
Primorosa imagen una
A quien calzaba la luna
Y á quien coronaba el sol.

Era el lugar retirado,
Mas la escultura divina
Tan bella y tan peregrina
Que era imposible pasar
Por delante sin que un punto
El celestial sentimiento
De su rostro, el pensamiento
Se gozara en contemplar.

Y aquel fué de Margarita
El rincon privilegiado;
Ni una noche se ha pasado
Mientras en el claustro vivió
En que allí no haya venido
Humildemente á postrarse
Y en manos á encomendarse
De la que nunca pecó

La pobre niña, agobiada
De soledad y fatiga,
Buscó en su encierro una amiga
En quien creer y esperar;
Y hallando aquella escultura
Tan amorosa y tan bella
Partió su amistad con ella
Y se encargó de su altar.

Cortóla preciosas flores,
La hizo ramilletes bellos,
Puso escondidos en ellos
Aromas de grato olor;
Tendió á sus piés una alfombra
Y en un farol que ponía,
Conservaba una bujía
Con perenne resplandor.

Allí fué donde alcanzando
Aquella luz solitaria
Vino la última plegaria
Con lágrimas á exhalar,
Y allí á la divina imagen
Con voz triste y lastimera
La dijo de esta manera
De hinojos ante el altar;

«Ya ves que al fin es preciso
«Que deje yo tu convento,
«Mas ya sabes que lo siento
«¡Oh virgen mial por tí.
«Y puesto que de él sacarte
«No puedo en mi compañía
«No me abandones, Maria,
«Y no te olvides de mí.

«Ojalá entre mis hermanas
«Hubiera otra Margarita
«Que con tu imagen bendita
«Obrara como ella obró.
«Ojalá esta luz postrera
«Que en esta noche te enciendo
«Estuviera siempre ardiendo
«Mientras te faltara yo.

«Mas ¡ay! ninguna te quiere
«Como yo, y son mis angustias
«Pensar que estas flores místicas
«A tus piés se quedarán,
«Y se apagará esa vela,
«Se ajarán tus vestiduras,
«Y los que pasan á oscuras
«Tu hermosura no verán.

«Al fin yo parto, Señora;
«Mi confianza en tí sabes,
«En prueba toma esas llaves,
«Que conservo en mi poder.
«Guárdalas, otra tornera
«Elige á tu gusto ahora,
«Y el cielo quiera, Señora,
«Que nos volvamos á ver.»

Así Margarita hablando
Con lágrimas en los ojos
Ante la imagen de hinojos
Los sacros piés la besó.
Y dejándola las llaves
Y encendiendo la hugia
Traspuso la galeria
Ganó el jardín y partió.

Quedóse el claustro recóndito
Por el farol alumbrado
Que dejó al irse colgado
Margarita en el altar,
Y solo se oyó tras ella
El rumor del aguacero
Y el soplo del aire fiero
Que bramaba sin cesar.

VI.

A la mañana siguiente,
Y al revolver una calle
Un mancebo de buen talle
Y resuelto continente

Con otro dió que volviendo
La esquina del otro lado
Con él se quedó encarado
Cual memoria de él haciendo.

Y al fin ambos contemplándose
A poco reconocidos
Se abrazaron decididos
En tal coloquio trabándose.

DON GONZALO.
¡ Por vida mia ! don Juan,

¿ Pues cómo en Valladolid ?

DON JUAN.
De paso para Madrid.
DON GONZALO.

¿ A las fiestas ?

DON JUAN.
Todos van.

DON GONZALO.
Mas falta un mes todavía.

DON JUAN.
Páreceme don Gonzalo
Que llegar pronto no es malo:
Ya sabéis que es mi manía.
Do quier que de diversion